

LIBRO PARA LOS NIÑOS

CÉLEBRES AVENTURAS

DE

DON QUIJOTE

POR

MIGUEL DE CERVANTES

CON NUMEROSOS GRABADOS



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE TRATADOS RELIGIOSOS Y LIBROS
DEPÓSITO.

Calle de Cervantes, 82-86.—FIGUERAS, GERONA (ESPAÑA).
1905.

LIBRO PARA LOS NIÑOS



CÉLEBRES AVENTURAS

DE

DON QUIJOTE

“El Caballero de la Triste Figura”

POR

MIGUEL DE CERVANTES

CON NUMEROSOS GRABADOS

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE TRATADOS RELIGIOSOS Y LIBROS

DEPÓSITO:

Calle de Cervantes, 82-86.—FIGUERAS, GERONA (ESPAÑA)

1905.



FM. 1190



CÉLEBRES AVENTURAS
DE
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



INTRODUCCIÓN.

En cierto lugar de la Mancha, distrito de Castilla la Nueva, vivía un hidalgo de los de lanza, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Su hacienda apenas le daba para vivir medianamente; alguna que otra vez se regalaba con un poco de carne de vaca; las más de las noches comía fiambre, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos. En

su casa vivían una ama que pasaba de los cuarenta, una sobrina que no llegaba á los veinte y un mozo que lo mismo servía para ensillar el rocín, que para manejar la podadera.

Nuestro hidalgo consumía las tres cuartas partes de su hacienda en alimento para él y los suyos. Tenía dos mudas de vestidos, una de velludo para las fiestas y otra infe-

ES PROPIEDAD.



rior para los días de entre semana. Pero la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee; y este desventurado caballero era todo un hombre honrado, de integridad intachable, sumamente cortés y desinteresado. Á la sazón contaba unos cincuenta años de edad. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.

Tenía una particularidad que le distinguía de los demás de su clase y condición, y esta era su afición á la lectura; pero no á la lectura en gene-

ral, sino que se daba á leer libros de caballería; hasta el punto de olvidar casi por completo el ejercicio de la caza y aún la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas de sus tierras para comprar libros de caballería que leer; y se llevó á su casa tantos como pudo.

Entre los libros antiguos que tenía en su casa, halló algunos en que se referían las verdaderas ó pretendidas hazañas y aventuras de los caballeros andantes, pertenecientes á las Órdenes de Ca-

ballería. Éstas se fundaron en la Edad Media, época en que la sociedad vivía en un estado de rusticidad y barbarie. Durante un largo período de tiempo prestaron excelente servicio, mejorando las costumbres, tratando á las mujeres con honor y respeto, defendiendo la causa de los débiles, levantando el espíritu y el valor bien entendido, estableciendo un código de honor personal y definiendo el carácter de *caballero*, hasta entonces desconocido ó no reconocido, como una mezcla de cortesía, intrepidez, fidelidad en palabra y obra, valor moral y buena fe.

Pero en tiempo de don Quijote—que tal era el nombre del hidalgo de la Mancha—las antiguas Órdenes de Caballería ya no tenían razón de ser: su obra estaba acabada.

Habían creado un ideal enteramente nuevo de vida y conducta social; y después, como muchas otras ideas grandes y fecundas, pasaron á la historia, porque su obra especial estaba terminada.

La verdadera y antigua Caballería había desaparecido entonces; pero, desgraciadamente, ocupó su lugar otra de



BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE.

más baja estofa. Los caballeros no iban ya armados, deshaciendo agravios inferidos á los indefensos y oprimidos, pero muchos individuos se ha-



LAS VISIONES DE DON QUIJOTE.

bían dado á escribir libros que decían contener las verdaderas aventuras de los antiguos caballeros; aunque, en realidad, la mayor parte de ellos eran tontos, absurdos y mal escritos; siendo todo ello puras invenciones de los mismos autores. Y por eso la gente de sentido común, que no estaba al tanto de lo que contenían los antiguos libros que relataban las notables hazañas de los verdaderos caballeros é hidalgos de tiempos remotos, solían reirse á más no poder cuando oían decir que se iba á publicar otro libro de caballería, porque ya sabían que se trataba de una simpleza.

Ahora bien, don Quijote se había dedicado á la lectura de libros antiguos que trataban de los verdaderos caballeros andantes, y su lectura le era sumamente agradable. Los ratos que estaba ocioso, que eran la mayor parte del año, los pasaba leyendo con gran afición y gusto.

Al fin se cansó de los libros que él tenía y adquirió otros nuevos, sin reparar en si contenían historias fantásticas ó reales; porque ya no acertaba á distinguir entre lo que era

ficción ó realidad. Y tanto se enzarzó en su lectura, que se le pasaban los días y las noches en la misma tarea; y así del poco dormir y del mucho leer, se le trastornó la cabeza, llegando casi á perder el juicio. De modo que estaba embaucado con lo que leía en los libros, así de encantos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles. Y tan metido tenía en el magín, que eran verdad todas aquellas patrañas que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Así es que, perdido ya el juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo; y fué, que le pareció conveniente y necesario, así para mayor honra suya, como para el servicio de su patria, hacerse caballero andante, é ir por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído, que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde salvándolos cobrase eterno



LOS PARIENTES Y AMIGOS DE DON QUIJOTE.

renombre y fama. Aunque estaba perfectamente cuerdo en todo lo demás y era también un cumplido caballero en su trato con los que alternaban con él, lo cierto era que á don Quijote se le había metido en la cabeza ser caballero andante.

No hablaba de otra cosa; y volvía tarumba á su ama, á la

sobrino, y á sus amigos el cura y el barbero del lugar. Todos estos sentían odio profundo hacia los libros de don Quijote y temían por el fin de éste.

Pero don Quijote creyó llegada la hora de hacerse caballero andante, y se dispuso á emprender la marcha.



DON QUIJOTE LIMPIANDO SUS ARMAS.

CAPÍTULO I.

Todos los caballeros andantes de quien don Quijote había leído, llevaban una armadura completa é iban á caballo; además habían jurado eterno amor á una dama; de modo que lo primero que debía hacer era proveerse de estos adminículos.

Á este fin se puso á limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín, llenas de moho, largos siglos hacía que estaban puestas y olvidadas en un

rincón. Limpiólas y arreglólas lo mejor que pudo, mas vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo una especie de media celada, que encajada con el morrión, tenía apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, deshaciendo al



DON QUIJOTE HACIENDO UNA MEDIA CELADA PARA SU MORRIÓN.

primer golpe y en un momento lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos. Luego para asegurarse de este peligro, la volvió á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la destinó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocín; y

aunque no tenía más que la piel y los huesos, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid podían igualarle. Cuatro días se pasaron en imaginar qué nombre le pondría, porque, según se decía él á sí mismo, no era razón que caballo de caballero tan famoso y de tan buena estampa, estuviese sin nombre conocido. Después de muchos nombres que formó, borró, quitó, añadió, deshizo y volvió á hacer en su mente,

al fin le vino á llamar Rocinante: nombre á su parecer, alto, sonoro y significativo.

Puesto nombre á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo; para ello necesitó ocho días, al cabo de los cuales se vino á llamar don Quijote, como queda dicho. Pero añadió á su nombre el de su patria, llamándose por lo tanto don Quijote de la Mancha: nombre que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria.

Una vez limpiadas sus armas, hecha la celada del morrión, puesto nombre á su rocín y

confirmándose á sí mismo, le pareció que no le faltaba otra cosa, sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Pero había de ser una dama de sorprendente belleza á quien poder consagrar su fidelidad, y á cuyos pies se pudieran colocar los despojos de la victoria. Don Quijote no conocía señora alguna que reuniera estas circunstancias, pero al fin halló á quién consagrarse. Nada menos que en un lugar



ROCINANTE Y SU AMO.

cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según parece, ella jamás lo supo, ni se dió cuenta de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo; y él juzgó conveniente darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que se aproximara al de Princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer armonioso, fantástico y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

Hechas pues estas preven- ciones, no quiso aguardar más tiempo para llevar á cabo su pensamiento, incitán- dole á ello la falta que él pensa- ba hacía en el mundo su tar- danza, según eran los agravi- os que pensaba deshacer, taertos que enderezar, sinra- zones que enmendar, abusos que corregir y deudas que sa- tisfacer.

Así es que un día, muy de mañana, se armó de todas sus armas, montó sobre Rocinan- te, puesta su mal compuesta celada, abrazó su adarga,



DULCINEA DEL TOBOSO.

tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo con-

tento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo.

Mas apenas se vió en el campo, le asaltó un pensa- miento terrible; de modo que por poco deja la comenzada empresa; y fué que le vino á la memoria que no era arma- do caballero; y que conforme á la ley de caballería, ni po- día ni debía batirse ningún caballero, hasta que por su esfuerzo lo ganase.

Estos pensamientos le hi- cieron titubear en su propó- sito; mas pudiendo más su lo-

cura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar ca- ballero del primero que topa- se, á imitación de otros mu- chos que así lo hicieron, se- gún él había leído en los li- bros que trataban de caballe- ría. En cuanto á lo demás de las armas blancas pensaba limpiarlas y dejarlas más her- mosas que el armiño. Con esto se tranquilizó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventu- ras.



PRIMERA SALIDA DE DON QUIJOTE.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo.

Al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y mirando á todas partes por ver si descubriría algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redención, le encaminaba. Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anohecía. Estaban por casualidad á la puerta dos mujeres mozas, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada.

Así que nuestro aventurero vió la venta, se le representó como un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que se pintan en semejan-

tes castillos. Fuése acercando á la venta (que á él le parecía castillo), y á poco trecho de ella detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba prisa para llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraídas mozas que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando.

En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo una manada de puercos, tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida.

Las damas, al ver venir á un hombre de aquella suerte armado, con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero don Quijote, comprendiendo que tenían miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso



LAS MOZAS RIÉNDOSE DE DON QUIJOTE.



EL VENTERO Y DON QUIJOTE.

rostro, con gentil talento y con voz reposada les dijo: "No huyan vuestras mercedes, ni teman daño alguno, porque á la orden de caballería que profeso no le toca ni ataño hacerlo á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran."

Cuando se oyeron llamar doncellas, no pudieron contener la risa, lo cual disgustó bastante á don Quijote, el cual les dijo: "Bien parece la mesura en las hermosas, y es

mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero no os lo digo porque os enfadéis y pongáis de mal talante, pues mi deseo no es otro que el de serviros."

El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero acrecentaban en ellas la risa y el enojo en él; y la cosa hubiera pasado mal, si en aquel momento no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo á don Quijote, le dijo:

"Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, excepto el lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia."

Viendo don Quijote la humildad del que él tomó por alcaide de la fortaleza, respondió:

"Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear."

Dicho esto el ventero fué á tener del estribo á don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no

se había desayunado. Así que Rocinante estuvo en el establo, el ventero volvió al encuentro del extraño huésped, y habló á las doncellas que le estaban desarmando, habiéndose reconciliado con él. Aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes y era menester cortarlas por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más



DON QUIJOTE DANDO LAS GRACIAS Á LAS MOZAS.



DANDO DE BEBER Á DON QUIJOTE.

extraña figura que se pudiera pensar.

Luego don Quijote procedió á dar las gracias en florido discurso á las dos que él creía nobles damas, por haberle prestado ayuda.

Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa. Y como el pobre caballero no había probado nada en todo el día, asintió alegremente, dando al mismo tiempo las gracias. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta para que tomara el fresco, y trájole el posadero

una porción del mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de gran risa verle comer, porque como tenía puesta la celada y era alta la barbera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba; y así fué que una de aquellas señoras le daba de comer. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino.

Acabada la cena, don Quijote llamó al ventero, y ence-

rrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: "No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano." El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber que hacerse ni decirle; y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. Á esto replicó don Quijote: "No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy,

cuyo deseo á semejantes hazañas está inclinado."

El ventero, que era un poco socarrón y ya presumía la falta de juicio de don Quijote, determinó de seguirle el humor. Estando algo al tanto de las aventuras de los antiguos caballeros andantes, le contestó en forma adecuada. De modo que le dijo que él mismo había sido caballero andante en su juventud; y que había recorrido el mundo en busca de aventuras, hasta que por fin se retiró á su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes que por allí pasaran.

Díjole también, que en aquel castillo de su propiedad no había capilla alguna, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad era lícito velar donde quiera; y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana se harían las debidas ceremonias de manera que don Quijote quedase armado caballero. Después el ventero preguntó á don Quijote si traía dinero. Á lo que éste respondió que él no traía blanca, es decir ni un cénti-



EXTRAÑA PETICIÓN DE DON QUIJOTE.]



EL VENTERO PIDIENDO DINERO Á DON QUIJOTE.

mo, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído.

Á esto dijo el ventero que se engañaba; que si bien en las historias no se consignaba que llevaran una cosa tan necesaria como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no las llevaran. Además le aconsejó que en adelante no caminase sin dineros y sin lo necesario, lo cual le sería provechoso cuando menos lo pensara.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba

con toda puntualidad; y siendo ya oscuro, se dirigió al corral para velar las armas. Éstas las colocó sobre una pila que junto á un pozo estaba; y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y de qué manera esperaba ser armado caballero.

Admirándose de tan extraño género de locura, fueronlo á mirar desde lejos, y vie-

ron que con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas.

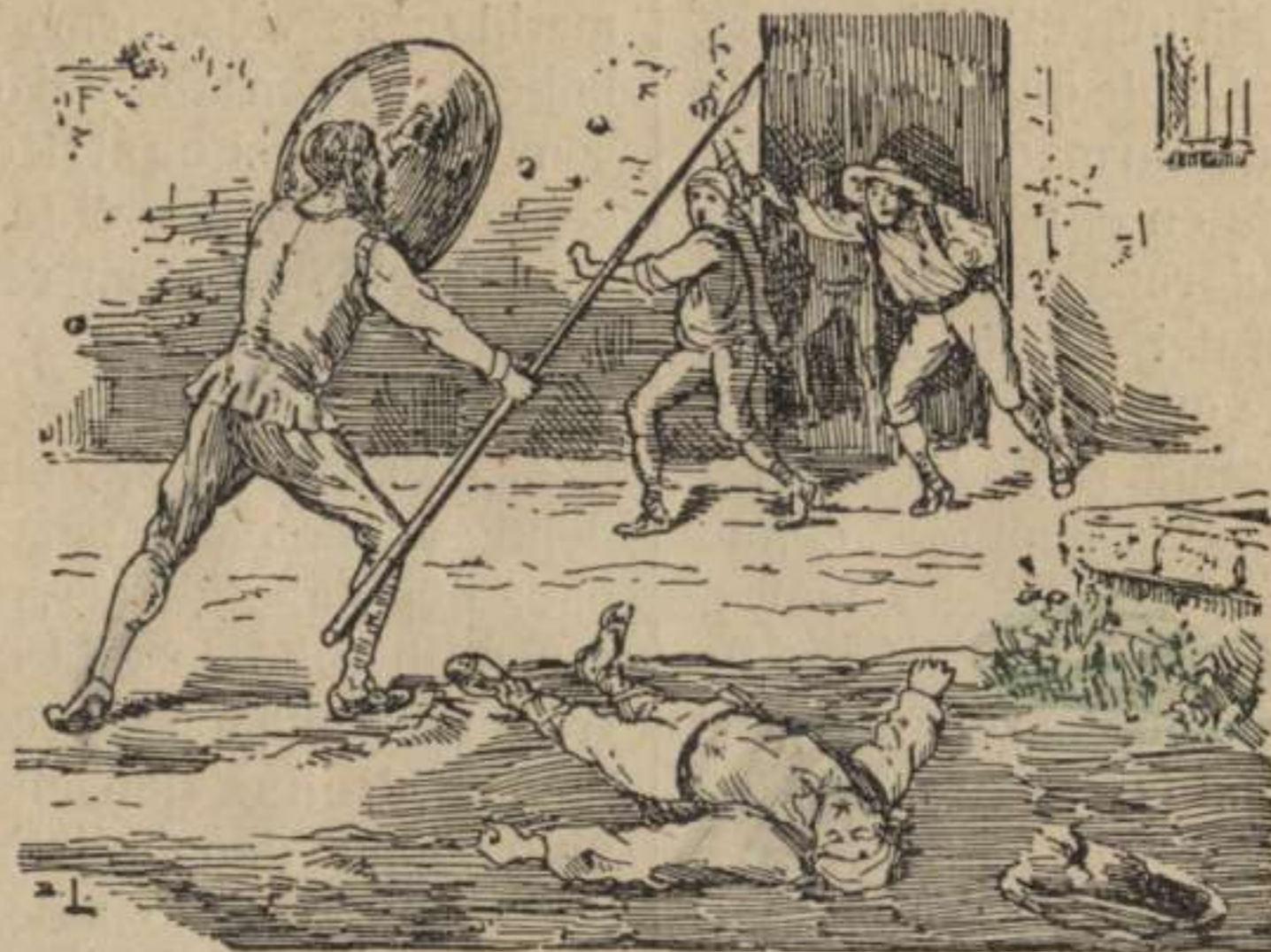
En esto antojósele á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, para lo cual era indispensable quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila. Al ver que las iba á tocar con las manos, don Quijote le dijo en voz alta: "¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!"

El arriero, no haciendo caso de sus amenazas, cogió las armas y las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, invocó á su señora Dulcinea; y soltando la adarga alzó la lanza con las dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, dejándole mal parádo. Hecho esto, tomó sus armas y volvió á pasearse con el mismo reposo que antes. Al poco



LA VELA DE LAS ARMAS.

rato se presentó otro de los arrieros, al cual maltrató aún más.



LA GENTE DE LA VENTA ACOMETIENDO Á DON QUIJOTE.

Al ruido acudió toda la gente de la venta y entre ellos el ventero. Los compañeros de los heridos comenzaron desde lejos á tirar piedras sobre don Quijote, el cual se defendía como podía. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho que estaba loco, y que por loco se libraría aunque los matase á todos. También don Quijote gritaba, llamándolos alevosos y traidores; y al señor del castillo le decía que era un follón y mal nacido caballero, porque de tal manera consentía que se tratasen los caballeros andantes.

Decía esto con tanto brío y denüedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, dejaron de tirarle, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que antes.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Así es que llegándose á él se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había

usado, sin que él supiese cosa alguna. Díjole que la cuestión de quedar armado caballero, consistía en el pescozón y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden; y que aquello en mitad de un campo se podía hacer y que ya había cumplido con lo tocante al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó don Quijote; y le rogó que concluyese á la mayor brevedad posible; porque si fuese otra vez aco-

metido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandare, á quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso de esto el amo, trajo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual como si dijera alguna devota oración, en mitad de la



EL VENTERO DISCULPÁNDOSE ANTE DON QUIJOTE.



DON QUIJOTE ES ARMADO CABALLERO.

leyenda alzó la mano, dióle sobre el cuello un gran golpe y tras él con su misma espada un gentil espaldazo, siempre murmurando entre dientes como si rezara.

Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa á raya. La otra compañera le calzó la espuela, concluído lo

cual dió las gracias á ambas con las mayores muestras de cortesía y con ceremoniosa dignidad; y tan pronto como Rocinante estuvo aparejado, don Quijote montó en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir tranquilamente.



EL VENTERO DESPIDIENDO Á DON QUIJOTE.

CAPÍTULO II.

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento de verse armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.

Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudo, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos,

pero muy apropósito para el oficio escuderil de la caballería.

Entretanto reinaba la mayor consternación y pena en la casa de don Quijote por la repentina desaparición de éste. En vano le buscaron el ama, la sobrina y el mozo. El licenciado Pérez, ó sea el cura, así como maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), hallábanse también en la casa, donde habían acudido para enterarse del paradero de don Quijote.

Así que llegaron, el ama co-

menzó á decirles con respecto á su amo: "Seis días ha que no parecen ni él ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! Ahora comprendo que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio."

"Yo me tengo la culpa de todo," añadió la nieta, "que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes."

"Esto digo yo también," dijo el cura; "y á fe que no pasará de mañana sin que de ellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe haber hecho."

Mientras esto decía el cura, llamaron estrepitosamente á la puerta. Al abrirse ésta apareció un labrador de aquel lugar, diciendo que había encontrado al pobre caballero andante en el camino, molido

á palos, y que le acompañaba á su casa. Con mucho trabajo le había subido sobre su jumento, conduciendo al mismo tiempo de la rienda á Rocinante. Éste se hallaba tan estropeado como su amo, á quien un mozo de mulas había dado una soberana paliza en el camino.

"Malditos," decía el ama, "sean otra vez y otras ciento estos libros de caballería."

Llevarónle luego á la cama, y buscándole las heridas que decían le habían hecho, no le hallaron ninguna.

Él les contó que estaba molido por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiendo con diez jayanes, los más desafortunados y atrevidos que se pudieran hallar en gran parte de la tierra.

"¡Ta ta!" dijo el cura; "¿jayanes hay en la danza? Le aseguro que los quemaré mañana antes que llegue la noche."

Don Quijote no hacía caso de lo que el cura decía. Hicieronle mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labra-



LA VUELTA DEL CABALLERO.



DON QUIJOTE POSTRADO EN CAMA.

dor del modo que había hallado á don Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de don Quijote, el cual dormía aún. Luego pidió á la sobrina las llaves del aposento, donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Tanto el ama como la sobrina hubieran deseado que todos los libros fueran que-

mados en una hoguera; pero el cura, persona bastante instruída, no consintió en ello sin antes leer siquiera los títulos, á medida que maese Nicolás, el barbero, se los iba entregando de uno en uno.

El primer libro era uno muy antiguo, en cuatro volúmenes, el primero de su género que se imprimió en España; razón por la cual se libró de ir al fuego, por orden del cura. Pero al hojear el siguiente, notó que era un libro insustancial. "Señora ama," dijo el cura; "abrid esa ventana y echadle al corral, y dé prin-

cipio al montón de la hoguera que se ha de hacer." Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno del libro fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

Varios libros más siguieron el mismo destino; y el ama, para ahorrarse de subir y bajar la escalera, los tiraba por la ventana.

Una vez que hubieron repasado la mayor parte de los libros, destruyendo no pocos y salvando los que el cura juzgaba como obras de valor, se dirigieron al corral; y el ama hizo con los libros una hogue-

ra, en la que ardieron la mayor parte de los libros contenidos en la biblioteca de su pobre amo, mientras éste se hallaba enfermo en cama.

Hecho esto, empezaron á temer por las consecuencias, cuando don Quijote se levantara y preguntase qué era de ellos. Así es que decidieron tapiar el aposento de los libros, y decirle que un encantador se los había llevado junto con el aposento, lo que se hizo prontamente.

De allí á dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento



EL AMA Y EL CURA ARROJANDO LOS LIBROS AL FUEGO



DON QUIJOTE PREGUNTANDO POR SUS LIBROS.

donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta y tentábala con las manos; luego volvía, revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; mas al cabo de un buen rato preguntó á su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama le dijo: "Ya no hay aposento ni libros en esta casa." Á lo que añadió la sobrina: "Un encantador que vino sobre una nube la noche después del día que vuestra merced de aquí se partió, se apeó de una sierpe en que venía ca-

ballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que al cabo de un rato salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y al darnos cuenta de lo que había hecho, no vimos libro ni aposento alguno."

"¡Ah!" replicó don Quijote; "¡ese sería el encantador Frestón! Es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le

tengo que vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede.”

El ama y la sobrina no quisieron replicarle, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es pues el caso, que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer secundar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó de tertulia con sus dos compadres el cura y el barbero, sosteniendo él que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caba-

lleros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca.

El cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había medio de entenderse con él.

En este tiempo solicitó don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera.

En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre aldeano se determinó de salirse con él y



EL CURA Y EL BARBERO DE TERTULIA CON DON QUIJOTE.



DON QUIJOTE CONTRATANDO Á SANCHO PANZA.

servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganare en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejare á él por gobernador de ella. Con esas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y se ajustó para servir de escudero á su vecino. Dió luego don Quijote orden de buscar dineros, y vendiendo una casa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, reunió una razonable cantidad. Acom-

dóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un amigo suyo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba hecho á andar mucho á pie.

Don Quijote, por otro lado, proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo. To-



SALIDA DE DON QUIJOTE
Y SANCHO PANZA.

do lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido, ó bien coronado por rey de cualquiera de los reinos ganados por su señor. Pero en caso de lograr esto último, Sancho Panza juzgó que su esposa Teresa Panza no debía ser reina, porque no valía para ello; así es que decidió que fuera condesa, cuando él llegara á ser gobernador; porque según él, era lo que más le convenía á ella.

CAPÍTULO III.

Mientras iban hablando por el camino, el caballero y su escudero llegaron á un extenso plano, donde descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento.

Así que don Quijote los vió dijo á su escudero: "La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, pues con ellos pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra."

"¿Qué gigantes?" preguntó Sancho Panza.

"Aquellos que allí ves," respondió su amo, "de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas."

"Mire vuestra merced," replicó Sancho, "que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen bra-

zos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino."

"Bien parece," respondió don Quijote, "que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla." Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba; antes iba diciendo en voces altas: "¡No huyáis, cobardes y viles criaturas, que un caballero es el que os acomete."

Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron á moverse. Don Quijote tomó esto por un desafío y encomendándose á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento



DON QUIJOTE EMBISTIENDO CONTRA LOS MOLINOS DE VIENTO.

con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo.

Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno.

“¡Válgame Dios!” dijo Sancho: “¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran si no molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?”

“Calla, amigo Sancho,” respondió don Quijote; “yo pienso que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.”

“Dios lo haga,” respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice.

En esto Sancho le recordó que era hora de comer. Á lo que su amo respondió que por



DESPUÉS DE LA EMBESTIDA.

entonces no tenía gana, que comiese él cuando se le anto-

jase. Porque según don Quijote, "es honra de los caballeros andantes no comer en un mes." Así es que el escudero se acomodó lo mejor que pudo, y sacando de las alforjas lo que en ellas habían puesto, se puso á comer; y de cuando en cuando empinaba la bota con gran contento. Sancho era muy diferente á su amo: rechoncho, nada romántico y amigo de comodidades.

Aquella noche la pasaron con unos cabreros, que les dieron una sustanciosa sopa hecha de tasajos de cabra, y además los trataron con mu-

cha amabilidad y cortesía. Por la mañana partieron de nuevo en busca de aventuras.

Después de caminar por el bosque algunas horas, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar.

Apeáronse don Quijote y Sancho; y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, sacaron las alforjas, y sin ceremonia alguna



DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA CENANDO CON LOS CABREROS.

en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

No se había cuidado Sancho de echar la traba á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco alborotado, que no era fácil se escapara. El resultado fué que, sin saberlo su amo, Rocinante divisó, paciéndose por aquel valle, una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó á hallarse don Quijote, era muy á propósito de los yangüeses. Sin pedir licencia á su dueño, Rocinante tomó un trotillo algo picadillo y se fué en compañía de ellas. Pero las hacas recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera, que en un momento se le rompieron las cinchas, quedando sin silla y á pelo. Lo peor fué que viendo los arrieros un animal extraño, acudieron con estacas dándole de palos, hasta derribarle y dejarle mal parado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, acudían en auxilio.

Entonces don Quijote dijo á Sancho: "Á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Lo digo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida vengaza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante."

"¿Qué venganza hemos de tomar," respondió Sancho, "si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aún quizá nosotros sino uno y medio?"

"Yo valgo por ciento," replicó don Quijote; y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á zurrarlos de lo lindo. Al segundo golpe dieron con Sancho en el suelo, y otro tanto le pasó á don Quijote, quien por ventura cayó á los pies de Rocinante, que aun no se había levantado.

Viendo pues los yangüeses el mal que habían hecho, con la mayor presteza que pudie-



UN NUEVO DESASTRE.



ESTADO LASTIMOSO DEL CABALLERO Y DE SU ESCUDERO.

ron, cargaron su recua y siguieron su camino.

El primero que se resintió fué Sancho Panza, el cual hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: "¡Señor don Quijote! ¡ah, Señor don Quijote!"

"¿Qué quieres, hermano Sancho?" respondió don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

"¿En cuántos días le parece á vuestra merced que podremos mover los pies?" replicó Sancho Panza.

"De mí sé decir," dijo el molido caballero don Quijote, "que no sabré poner tér-

mino á esos días; mas yo no tengo la culpa de todo, que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo. De modo que he sido justamente castigado por haber quebrantado las leyes de la caballería; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada por ellos, porque no lo haré en ninguna ma-

nera. En tal caso pon tu mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudiesen caballeros, yo te sabré defender y ofenderlos con todo mi poder, que yá habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo."

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: "Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquier injuria; porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar; así que sírvale también de aviso á vuestra merced, pues

no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero; y que desde aquí en adelante perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer, persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptuar estado ó condición alguna."

Lo cual oído por su amo, le respondió: "Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara algún tanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás."



LAMENTACIONES DE DON QUIJOTE Y DE SANCHO PANZA.

"En esto que ahora nos ha acontecido," respondió Sancho, "quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le aseguro, á fe de pobre hombre, que más estoy por bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece; porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida."

"Déjate de esto y saca fuerzas de flaqueza, Sancho," replicó don Quijote, "que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia."

"No hay de qué maravillarse de eso," objetó Sancho, "siendo él también caballero

andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas."

Luego Sancho, despidiendo treinta ayes, sesenta suspiros y ciento veinte pestes contra el que allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino.

En resolución, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno, puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cavestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real.

La suerte deparó á Sancho el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo había de ser castillo para don Quijote. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguación con toda su recua.

CAPÍTULO IV.

El ventero que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respon-



CÓMO LLEGÓ DON QUIJOTE Á LA VENTA.

dió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que tenía algo molidas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque, naturalmente, era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á don Quijote, ayudada de una hija suya doncella, muchacha y de muy bien parecer, y de una sirvienta asturiana, gallarda de cuerpo, pero con muchas faltas, llamada Maritornes. Entre las dos últimas hicieron una muy mala cama á don Quijote en un caramanchón, que en otros tiempos daba manifestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote.

Una vez acostado el bueno del caballero, la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes. Y al ver la ventera que don Quijote tenía el cuerpo todo acardenalado, dijo que aquello más parecían golpes, que caídas.

“No fueron golpes,” dijo

Sancho, “sino que la peña tenía muchos picos y tropezones; y que cada uno había hecho su cardenal.” Y también añadió: “Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien haya menester, que también me duelen á mí un poco los lomos.”

“De esa manera,” respondió la ventera, “también debisteis caer vos.”

“No caí,” replicó Sancho Panza, “sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mí amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos; y, á decir verdad, me hallo con pocos menos cardenales que mi Señor don Quijote.”

“¿Cómo se llama este caballero?” preguntó la asturiana Maritornes.

“Don Quijote de la Mancha,” respondió Sancho Panza; “y es caballero aventurero, de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.”

“¿Qué es caballero aventurero?” replicó la moza.

“¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos?” respondió Sancho Panza. “Pues



LE EMPLASTARON DE ARRIBA ABAJO.

sabed que un caballero aventurero es una cosa que, en dos palabras, se ve apaleado y emperador; hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero."

Todas estas pláticas estaba escuchando don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: "Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy; sólo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habéis hecho, para agradecerólo mientras la vida me durare; y si el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y á los ojos de aquella hermosa ingrata cuyo nombre pronuncio entre dientes, los ojos de esta hermosa doncella fueran señores de mi libertad."

Confusas estaban la ventera, su hija y la buena de Ma-

ritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego. Mas comprendiendo que todo eran cumplimientos y requiebros, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había de menester que su amo.

Por la mañana don Quijote se sintió aliviado, sano y con deseo de partir luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo; y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien también ayudó á vestir y á subir en el asno. Púsose luego á caballo, y llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo: "Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vues-



"SÓLO HE MENESTER QUE VUESTRA MERCED ME PAGUE EL GASTO."

tro castillo he recibido; y quedo obligadísimo á agradeceroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar vengándoos de algún soberbio que os haya hecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos y castigar alevosías. Si os halláis en alguno de estos casos, no tenéis más que avisarme."

El ventero le respondió con el mismo sosiego: "Señor caballero; yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas."

"¿Luego venta es esta?" replicó don Quijote. "Y muy honrada," respondió el ventero.

"Engañado he vivido hasta aquí," respondió don Quijote, "pues en verdad pensé que era castillo, y no malo; pero ya que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contrave-

nir á la orden de los caballeros andantes, que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todas las incomodidades de la tierra."

"Poco tengo yo que ver en eso," respondió el ventero; "págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías."

"Vos sois un sandio y mal hostelero," respondió don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y sin mirar si le seguía su escudero, se alejó un buen trecho.

El ventero, que le vió ir sin pagar, acudió á cobrar á Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y



"COMENZARON Á LEVANTARLE EN ALTO."

razón le asistía á él que á su amo para no pagar. Amohinóse mucho de esto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería, no pagaría absolutamente nada aunque le costase la vida; porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que en la venta se hallasen cuatro peñales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos perillanes de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra; y determinaron salirse al corral que

tenía por límite el cielo; y puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto y á divertirse con él.

Las voces que daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta; y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aún apearse no pudo; y así, desde encima del caballo, comenzó á denostar á los que á Sancho manteaban; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo fué en vano, hasta que de puro



SANCHO PANZA MANTEADO.

cansados le dejaron. Trajéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le dió agua fresca. Tomóla Sancho, pero al primer trago vió que era agua, y no quiso pasar adelante; luego rogó á Maritornes que le trajese vino; y así lo hizo ella de muy buena voluntad, pagándolo de su dinero.

Así que bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella muy contento de no haber pagado nada, aunque á costa de sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía, mas Sancho no las echó de menos porque sabía turbado.

Quiso el ventero atracar bien la puerta así que le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le temían.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió don Quijo-

te, le dijo: "Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrocamente se divirtieron contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que si pudiera subir ó apearme, te hubiera vengado de manera que aquellos miserables se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería."

"También me vengara yo si pudiera," replicó Sancho, "fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque me parece que aquellos que se divirtieron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; así que, señor, el no poder saltar las tapias del corral ni apearse del caballo, no era cuestión de encantamiento, si-



“NO TEMAS SANCHO, Y PROSIGAMOS ADELANTE CON VALOR.”

no de otra cosa más. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo nos han de traer tantas desventuras, que no vamos á saber cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda.”

“¡Qué poco sabes Sancho” respondió don Quijote, “de achaques de caballerías! No temas y prosigamos adelante con valor.”

En estos coloquios iban los dos cuando vió don Quijote que venía hacia ellos una grande y espesa polvareda. Inmediatamente se volvió á Sancho y le dijo: “Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo; y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que

de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.”

“Según eso dos deben ser,” dijo Sancho, “porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra polvareda semejante.”

Volvió á mirarlo don Quijote y vió que era realmente así; y alegrándose sobremedera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan.

Y la polvareda la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: “Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?”

“¿Qué?” dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los me-



"PUSIÉRONSE SOBRE UNA LOMA."

nesterosos y desvalidos; y has de saber Sancho, que este que viene de frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón; y este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arregado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo."

"¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores?" preguntó Sancho.

"Quiérense mal," respondió don Quijote, "porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es muy hermosa y además agradada señora, y es cristiana; y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya."

"Para mis barbas," dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín."

"Así es verdad," dijo don Quijote, añadiendo á continuación: "Estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos."

Hiciéronle así, y pusieronse sobre una loma, desde la cual se debían ver bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes de polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; y allí, embobado Sancho, oyó citar á su señor nombres y más nombres de caballeros y príncipes, así como el de las varias naciones al frente de las cuales él supuso que iban; y Sancho, sin saber qué contestar, no hacía más que volver la cabeza de cuando en cuando, para ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba. Como no descubría á ninguno, le dijo: "Señor, ni hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto: á lo menos yo no los veo."

"¿Cómo dices eso?" respondió don Quijote; "¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?"

"No oigo otra cosa," respondió Sancho, "sino muchos baidos de ovejas y carneros."

"El miedo que tienes," dijo don Quijote, "te hace, Sancho, que ni veas, ni oigas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los



DON QUIJOTE EMBISTIENDO Á LAS OVEJAS.

sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á un lado y déjame solo;" y diciendo esto picó espuelas á Rocinante, y lanza en ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho diciéndole: "¡Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote! Que no son siño carneros y ovejas las que va á embestir."

Ni por esas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: "¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón!"

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó á lancearlas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos.

Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de

las piedras, antes discurriendo á todas partes, decía: "¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que deseo de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamantas."

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal herido; y sacando una alcuza de cierto licor que él creía le haría invulnerable á las acometidas, comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente los dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo.

Llegarónse á él los pastores y creyeron que le habían muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado, car-



LOS PASTORES HIEREN GRAVEMENTE AL CABALLERO.

gando las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que había conocido á don Quijote. Pero cuando le vió caído en el suelo y los pastores fuera, bajó de la cuesta y llegóse á él; y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

“¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?”

Á esto replicó don Quijote, lanzando un profundo suspiro: “¡Cómo sabe transformar las cosas ese ladrón de encantador! Éste maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Para que te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su sér primero. Pero no vayas ahora, que he de me-

nester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca.”

Levantóse en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asíó con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo; y fuese á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla á semejanza de hombre pensativo además. Y viéndole don Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo:

“Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro; así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte en ellas.”

“¿Cómo no?” respondió Sancho; “¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo?”

“¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho?” dijo don Quijote.

“Sí que me faltan,” respondió Sancho.

“De ese modo no tenemos que comer hoy,” replicó don Quijote.

“Eso fuera,” respondió Sancho, “cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es.”

“Con todo eso,” respondió don Quijote, “tomara yo ahora con más gusto un buen pedazo de pan y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto, sube en tu ju-

mento, Sancho el bueno, y vente tras mí.”

“Sea así como vuestra merced dice,” respondió Sancho; “vamos ahora de aquí y procuremos donde alojar esta noche; y ojalá que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados.”

“Gufa tu por donde quieras,” le dijo don Quijote; “que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos.”

Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real que por allí iba muy seguido.



FIN DE LA PARTE I.

CÉLEBRES AVENTURAS

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE II.



CAPÍTULO V.

En esto comenzó á llover un poco. De allí á poco descubrió don Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro.

“Paréceme, Sancho,” dijo don Quijote, “que no hay refrán que no sea verdadero; porque todas son sentencias

sacadas de la misma experiencia, especialmente aquel que dice: ‘Donde una puerta se cierra otra se abre.’ Digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino.

¿No ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un

caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?"

"Lo que veo y columbro," respondió Sancho, "no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra."

"Pues ese es el yelmo de Mambrino," repuso don Quijote: "apártate á un lado, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado."

Es pues él caso que el yelmo y el caballo y el caballero que don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y sí el otro que estaba junto á él; y así el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse; y otro de afeitarse; y quiso la suerte, que al tiempo que venía comenzó á llover; y porque no se le manchara el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho

dijo; y esta fué la ocasión que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero con yelmo de oro.

Cuando don Quijote vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin atender razones, á todo correr de Rocinante le envistió con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: "Defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe."

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote. Luego mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo: "Por cierto que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedí." Y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza,



LA HUIDA DEL BARBERO.

rodeándola á una parte y otra buscándole el encaje; y como no se le hallaba, dijo: "Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza; y lo peor de ello es que le falta la mitad."

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vino á las mientes la cólera de su amo y se calló en mitad de ella.

"¿De qué te ríes, Sancho?" dijo don Quijote.

"Ríome," respondió él, "de considerar la gran cabeza que

tenía el pagano dueño de este almete, que parece una bacía de barbero pintiparada."

Á esto replicó don Quijote: "¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio; y de la otra mitad hizo esta, que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero yo la ade-



"SANCHO OYÓ LLAMAR Á LA BACÍA CELADA."

rezaré en el primer lugar donde haya herrero; y de suerte que no le haga ventaja. En este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que nada; cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada."

"Esto será," dijo Sancho, "si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos." Luego añadió: "Dígame vuestra merced qué haremos de este caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó."

"Nunca yo acostumbro," dijo don Quijote, "despojar á

los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo: que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, que como su dueño nos vea alejados de aquí volverá por él."

"Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera."

"En esto no estoy muy cierto," respondió don Quijote; "y en caso de duda, hasta es-

tar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes de ellos necesidad extrema."

"Tan extrema es," respondió Sancho, "que si fueran para mi misma persona no lo hubiera menester más."

Y luego habilitado con aquella licencia hizo un cambio, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de

las sobras del real que de la acémila despojaron; bebieron del agua del arroyo, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde Rocinante quiso. Con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la aventura sin otro designio alguno.



"PUSO SU JUMENTO Á LAS MIL LINDEZAS."

CAPÍTULO VI.

Mientras tenían lugar los hechos citados, los dos amigos de don Quijote que estaban en su tierra, el cura y el barbero,

no habían permanecido ociosos; y habiendo logrado averiguar el paradero del caballero andante, el cual había



EL DISFRAZ DEL CURA.

asumido el título de *Caballero de la Triste Figura*, desde que perdió los dientes de la boca, salieron una mañana en busca suya, habiendo concertado un plan con el fin de persuadirle á que volviera á casa.

El plan era este: el cura debía vestirse en hábito de doncella andante y el barbero como escudero; y con este objeto se fueron á una posada que ellos conocían, situada en las afueras, donde los amos accedieron gustosos á sus deseos, les proporcionaron algunos vestidos á propósito y también una cola rucia ó roja de buey, que la ventera tenía, para que el barbero pudiera hacer una barba postiza; y como él siempre iba bien afeitado, sería un disfraz pintiparado. Así disfrazados irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase, á deshacerle un agravio que un caballero le tenía hecho.

Pero mientras iban marchando, se modificaron algo

estos planes. Porque, yendo por el camino, se encontraron con dos desconocidos que real y verdaderamente se hallaban en una condición muy triste.

El primero era un joven de calidad, llamado Cardenio, que se había vuelto medio loco por el robo de su prometida y por la deslealtad é injusticia con que le había tratado un falso amigo; y que, en un acceso de locura, había huido á la montaña. El segundo á quien encontraron poco después, resultó ser, cosa extraña, puesto que no se conocieron el uno al otro, la joven esposa de este mismo infame que había hecho traición á Cardenio. Ella también había sufrido tanto en manos de su esposo, que al fin huyó de su casa y anduvo errante por la montaña vestida de labrador.

Habiendo así tenido la rara coincidencia de encontrarse con estos dos seres abandonados, el cura y el barbero los trataron muy bondadosa y cortésmente; de modo que ellos no solamente les pusieron toda su confianza, sino que se prestaron á ir en compañía suya. Entonces el cura explicó á sus nuevos acompañantes quiénes eran ellos, y



DOROTEA EN TRAJE DE PASTOR.

su casa; y la joven dama, cuyo nombre era Dorotea (aunque acordaron llamarla la Princesa Micomicona, para así impresionar más vivamente la imaginación del caballero errante), aceptó de seguida sus planes, y se ofreció á llevar el disfraz de doncella menesterosa, haciendo constar que ella sabía representar este papel mejor que ninguno de ellos, para lo cual disponía de vestidos apropiados.

Poco después tuvieron la buena fortuna de encontrarse á don Quijote, con gran contento de Sancho Panza. El plan que habían concebido salió á las mil maravillas. Con la mayor facilidad del mundo persuadieron al buen caballero de que el camino que debía seguir, para remediar las desdichas sufridas por la Princesa en manos del feroz gigante que estaba á distancia de dos mil leguas, había de ser el camino que conducía á su misma población.

Como el viaje era demasiado largo para hacerle en un día, hicieron noche en la venta donde Sancho Panza fué mantenido.

No obstante, se convenció de que el experimento no se

que iban en busca de su antiguo amigo á fin de llevarle á

repetiría, desde el momento en que el cura salía garante de todos; con lo que pronto se arregló satisfactoriamente la cuestión de alojamiento durante la noche.

Á don Quijote le hicieron acostar de seguida, por cuanto era el que más necesitaba dormir y descansar.

El cura hizo que les aderezasen de comer, y el huésped, con esperanza de mejor paga, les aderezó una razonable comida; y á todo esto, dormía don Quijote, y fueron de parecer de no despertarle.

Después, con excepción de Sancho, se juntaron con el ventero y su familia, charlando un rato, hasta que se oyó

un gran estruendo procedente de la alcoba de don Quijote; y á los pocos momentos salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: "¡Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercén á cercén, como si fuera un nabo. Yo mismo he visto correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino."

"¡Desgraciado de mí!" exclamó el ventero. "De seguro



"SALIÓ SANCHO PANZA TODO ALBOROTADO."

es alguno de los cueros de vino tinto que á su cabeza estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre."

Con esto entró en el aposento y todos tras él; y ¡qué espectáculo contemplaron!

Don Quijote estaba en camisa; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con la cual tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué: y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomición, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo

cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la carrera del gigante; y con todo aquello no despertó el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fría del pozo, y se la echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, sin echar de ver de la manera que estaba.

Tenía el cura de las manos á don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante de él con gran respeto.

Todos los presentes, excepción hecha del ventero y su esposa, se refan á más no poder de todo lo sucedido. Después de no pocas dificultades, el cura, el barbero y Cardenio dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó profundamente dormido. Los demás se retiraron, y el cura logró pacificar al ventero dándole á entender que le abonaría el valor de todo.



DON QUIJOTE ATACANDO Á LOS CUEROS.



"DON QUIJOTE DESPERTÓ"

CAPÍTULO VII.

Cuando don Quijote despertó, se halló á Sancho junto á su cama, tan desventurado y triste cual si fuera el Caballero de la Triste Figura. Porque mientras don Quijote dormía, habían llegado á la venta dos ó tres nuevas tandas de huéspedes, entre las cuales, aunque parezca extraño, se hallaba don Fernando, el esposo de Dorotea, y Luscinda, la joven doncella prometida de Cardenio, á la cual don Fernando sonsacó de una manera villana. Estas varias personas se quedaron atónitas

al verse unas á otras; luego hubo las correspondientes explicaciones, y, al fin, se ablandó el corazón de don Fernando, el cual prometió formalmente cambiar de vida y reconciliarse con Dorotea, lo cual se efectuó sin tardanza. Don Fernando restituyó á Luscinda en brazos de su prometido, Cardenio, y él mismo abrazó á su ofendida Dorotea.

Todo esto lo escuchó Sancho con no poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían é iban en humo las risueñas esperanzas que ha-

bia concebido de que su amo, don Quijote, había de unirse en matrimonio con la Princesa Micomicona; y que por lo tanto, le sería dable y aun haría con sumo gusto, dar á su fiel escudero al menos el título de conde, como asimismo el gobierno de la insula, á que tan apegada se hallaba el alma de Sancho.

Así es que con melancólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar; contó que la Princesa Micomicona se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea.

Don Quijote consoló á San-

cho como pudo y le dijo: "No me maravillaría de eso, porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamiento, y no sería mucho que ahora fuera lo mismo."

"Todo lo creyera yo," respondió Sancho, "si también mi manteamiento fuera cosa de ese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente; y ví yo que el ventero, que aquí está hoy día, tenía del un cabo de la manta y empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa



DON FERNANDO Á LOS PIES DE DOROTEA.



EL CURA CONCERTÁNDOSE CON EL CARRETERO.

como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura." Pero nada de cuanto alegó Sancho fué bastante para convencer á su amo.

Aun permanecieron en la venta durante una noche más; porque, como Dorotea, Cardenio y sus demás compañeros de viaje debían partir cada uno por su lado, el cura y el barbero no sabían cómo se las habían de arreglar para llevar á don Quijote á su casa, ya que éste se había propuesto restaurar en su reino sin

pérdida de tiempo á la supuesta princesa.

Dos días eran ya pasados, los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin tomarse el trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote á su aldea con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarsele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acertó á

pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote. Luego don Fernando y sus camaradas, con pasajeros que habían llegado á la venta y además el ventero, todos, por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquella venta había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo, y descansando de las pasadas refrie-

gas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y sorprenderse de ver delante de sí tan extraños visajes.

Al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, que decía: "¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé aflicción la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. Y



LOS FANTASMAS LLEVÁNDOSE Á DON QUIJOTE.

tú, ¡oh el más noble y obediente escudero, no te desmayes ni te descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante! Sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde paréis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, adiós quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé." Y al acabar estas palabras alzó la voz de pronto, y disminuyóla después con tan tierno acento, que aun los sabedores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que ofan.

Los pronósticos del barbero consolaron en gran manera á don Quijote y le hicieron resignarse con su suerte; de modo que fué conducido, sin dificultad alguna, á la jaula, y allí colocado de modo que estuviera cómodo. Luego tomaron la jaula aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes; y la cabalgata partió, en el orden siguiente:

Primero el carro guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros con sus escopetas, y seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; de-

trás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, con agradable conversación con un canónigo de Toledo, que juntamente con sus criados habían encontrado en el camino. De este modo viajaron todo el día, siguiendo el paso todo de los bueyes.

Nada digno de mencionar ocurrió en el camino, salvo una disputa que se suscitó entre don Quijote y un cabrero. Como era ya avanzada la mañana, haciendo mesa de una alfombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio. Durante la comida, se juntó á ellos un cabrero, que conversó bastante agradablemente con la compañía, hasta que algo dicho por don Quijote, que había sido sacado de la jaula durante la comida, hizo que el cabrero dijera en alta voz: "Este gentil hombre debe tener vacíos los aposentos de la cabeza."

Al oír esto don Quijote, arrebató un pan que junto á sí tenía, y dió con el al cabrero en todo el rostro con tanta fu-



DON QUIJOTE CONDUCIDO Á SU CASA.



LUCHA ENTRE DON QUIJOTE Y EL CABRERO.

ria, que le remachó las narices. Inmediatamente se entabló una lucha, en la que, como siempre, se vió envuelto el desgraciado Sancho, recibiendo en su persona casi todos los golpes, mientras saltaban de gozo los cuadrilleros y azuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencias están trabados. El cura, el canónigo y el barbero reían á más no poder.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, excepto los dos que se aporreaman, oyeron tocar una trompeta y esto sólo hizo que terminara la contienda.

Don Quijote fué puesto en el carro como antes venía, y la cabalgata emprendió de nuevo la marcha. El cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al cura le avisasen el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se divirtieron y partieron, quedando solos el cura y el barbero, don Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante. El boyero unció sus bueyes y acomodó á don Quijote sobre un haz de heno, y con su

acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y al cabo de seis días llegaron á la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote.

Acudieron todos á ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron á su patriota, quedaron maravillados; y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes.

Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las maldiciones que de nuevo echaron á los libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á don Quijote por sus puertas.

Á las nuevas de esta venida de don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno el asno; á

lo cual respondió Sancho que venía mejor que su amo.

“Gracias sean dadas á Dios,” replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderas? ¿Qué saboyana me traéis á mí? ¿Qué zapaticos á vuestros hijos?”

“No traigo nada de eso, mujer mía,” dijo Sancho, “aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.”

“De eso recibo yo mucho gusto,” respondió la mujer; “mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.”

“En casa os las mostraré, mujer,” dijo Panza, “y por ahora estad contenta.”

Todas estas y otras pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron, y le desnudaron en su antiguo lecho.

Mirábales él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba.

El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con arreglar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo y condenaron los li-

bros de caballerías y á sus autores.

Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.



DON QUIJOTE EN SU JAULA.

CAPÍTULO VIII.

El cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovar y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por eso dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen

cuenta con regalarle dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura. Por fin también conversaron con don



SANCHO PANZA PROMOVIO UN ESCÁNDALO.

Quijote, como en otros tiempos; y estando de tertulia, presenciaron un nuevo desastre, que hizo temer otra vez por la salud de don Quijote.

Estando conversando agradablemente oyeron que el ama y la sobrina daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido. Una vez allí vieron que las dos reñían con Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á don Quijote, y ellas se lo impedían.

“¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano; que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales.”

Á lo cual respondió Sancho indignado: “¡Loca rematada! El sonsacado, el distraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo; él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis; él me sacó de mi casa con engaños; prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero.”

“¡Para ínsulas estamos!” respondió la sobrina. “¿Y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres?”

“No es de comer,” replicó Sancho, “sino de gobernar y

regir mejor que cuatro ciudades, que cuatro alcaldes de corte.”

“Con todo eso,” dijo el ama; “no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias; id á gobernar vuestra casa y labrar vuestros campos, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.”

Grande gusto recibían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero don Quijote, temeroso de que Sancho se descosiese y desembuchase algún montón de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarían bien á su crédito, le llamó é hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar.

Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaban, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embobado en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: “Vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.”

“No pongo yo duda á eso,” respondió el barbero; “pero no me maravillo tanto de la



“EL CURA Y EL BARBERO SE DESPIDIERON DE DON QUIJOTE.”

locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Me gustaría mucho saber qué tratarán ahora los dos.”

La verdad es que Sancho no había gozado de una estancia agradable en su casa. Pues cuando su esposa, la bonachona María Panza, le dió la bienvenida á su vuelta, y supo que no había traído á casa ni dinero, ni vestidos para ella, ni zapatos para sus hijos, no le vió con buenos

ojos. Y cuando Sancho le aseguró que pronto sería dueño de una ínsula, que valdría mucho más que los vestidos ó zapatos, no llegó á convenirse, y le preguntó qué beneficio le iba á reportar á él eso de las ínsulas. Esto mortificó bastante á Sancho, especialmente cuando relató que había sido manteado; por esta causa dirigióse á casa de don Quijote á fin de explicar las quejas á su amo.

Don Quijote, á fin de que Sancho no se impacientara por lo del gobierno de la ínsula, decía: “Mientras más fuere entrando en edad Sancho,



SANCHO PANZA VISITANDO Á DON QUIJOTE.

con la experiencia que dan los años, estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está ahora.”

“¡Pero señor!” dijo Sancho. “La isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: el daño está en que dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernar.”

En esto comenzó á relinchar Rocinante y á suspirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, más

fuerón los suspiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor.

Así es que don Quijote y Sancho se prepararon secretamente para otra expedición; y desgraciadamente don Quijote había sido animado en este loco proyecto por un joven, hijo de un vecino. Contaba unos veinticuatro años de edad, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilento pero de muy buen entendimiento; era carirredondo, de

nariz chata y boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas. Todos le conocían por el bachiller Sansón Carrasco, porque había estado estudiando en Salamanca y tenía ya el título de Bachiller.

La sobrina y el ama de don Quijote no estaban ociosas; comprendieron por mil señales que su tío y señor iba á marcharse por tercera vez, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Sus sospechas se convirtieron en realidades, al ver un día que el bachiller Carrasco entraba llevando consigo una celada de encaje vieja y mohosa que se proporcionó de segunda mano. Don Quijote le había encargado que le procurara una, y esta fué la única que pudo hallar.

Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller, no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor. Pero todo fué en vano; porque aquella misma noche don Quijote se largó,



NUEVA SALIDA.

y emprendió de nuevo la marcha, acompañado de Sancho Rocinante y el rucio.



DON QUIJOTE Y SANCHO DESCANSANDO ENTRE UNAS ENCINAS.

CAPÍTULO IX.

Don Quijote había determinado ir al Toboso, antes que en otra aventura se metiera, para tomar allí la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, y hacia el Toboso se encaminaron ambos.

Don Quijote ordenó entrar en la ciudad de noche, y en tanto que la hora llegaba se quedaron entre unas encinas cerca del Toboso, y al llegar á determinado puesto entraron en la ciudad.

Media noche era poco más ó menos cuando entraron en el Toboso. Todos sus vecinos dormían. Era la noche entre

clara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros y gritos de otros animales: que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. Todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: "Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta."

¿"Á qué palacio tengo de guiar," respondió Sancho, "que en el que yo ví á su gran-

deza no era sino casa muy pequeña? Y ya que vuestra merced quiere que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente?"

"¡Mentecato!" dijo don Quijote: ¿"Á dónde has hallado tú que los alcázares y palacios reales estén edificadas en callejuelas sin salida? Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, y tengamos la fiesta en paz."

"Yo me reportaré," respondió Sancho; ¿"pero cómo quiere vuestra merced que de sola una vez que ví la cara de nuestra ama, la haya de conocer á media noche, no conociéndola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?"

"Tú me harás desesperar, Sancho," dijo don Quijote; ¿"no te he dicho mil veces que no conozco á la sin par Dulcinea, ni jamás estuve en su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?"

En esto vieron acercarse á

uno con dos mulas, que por el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debía de ser labrador, que de mañanita se iba á su labranza; y así fué en efecto.

Llegó en esto el labrador, á quien don Quijote preguntó: "¿Sabréis decir, buen amigo, dónde están por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?"

"Señor," respondió el mozo, "yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico; en esa casa de enfrente viven el cura y el sacristán del lugar; cualquiera de ellos sabrá daros razón de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque yo creo que en todo él no vive princesa alguna; si bien hay muchas señoras principales, que cada una en su casa puede ser princesa." Y dando el adiós, no atendió á más preguntas.

Sancho, que vió mal contento á su señor, le dijo: "Señor, el día amanece y no será bueno que nos halle el sol en la calle; más vale que salgamos de la ciudad, y vuestra merced se oculte en algún bosque próximo, y yo volveré de día,



EL CABALLERO PREGUNTANDO POR LA DIRECCIÓN DEL PALACIO.

y no dejaré rincón en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora."

"Has dicho, Sancho," dijo don Quijote, "mil sentencias en breves palabras: el consejo que ahora me has dado le recibo de bonísima gana."

Este plan fué inmediatamente puesto en ejecución.

Habiendo dejado á su amo oculto en un bosque cercano al gran Toboso, Sancho se despidió de él. Pero tan confuso y pensativo se quedó, que apenas estuvo algo apartado, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó á hablar consigo mismo.

La verdad es que Sancho, lo mismo que su amo, ignoraba quién era la tal señora Dulcinea; y á pesar de cuanto había dicho durante la noche en sentido afirmativo, lo cierto era que no sabía dónde vivía ella. Después de mucho cavilar sobre el asunto, se hizo la siguiente reflexión:—"Mi amo es un loco de atar; y yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él. Siendo pues loco, y de locura que juzga lo blanco negro y lo negro por blanco, no será muy difícil hacerle creer que una labrado-

ra, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y si no lo cree, persistiré en ello; y si él porfiare, porfiaré yo más. Quizá con esta porfía lograré que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías; ó quizá pensará que algún mal encantador la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño."

Detúvose allí Sancho hasta la tarde; y sucedió todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso, hacia donde él estaba, venían tres labradoras sobre tres pollinos.

En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, volvió á buscar á don Quijote, al cual dijo: "¡Mi señor, le traigo buenas nuevas! Salid á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuestra merced. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre



SANCHO SE ENCUENTRA EN UNA DIFICULTAD.

tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.”

“Hacaneas, querrás decir, Sancho”—replicó don Quijote.

“Poca diferencia hay,” respondió Sancho, “de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear.”

“Vamos, Sancho hijo,” respondió don Quijote, “en albricias de estas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieran las tres

yeguas más, que tú sabes que quedan en el prado concejil de nuestro pueblo.”

“Á las crías me atengo,” respondió Sancho; “porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.”

Ya en esto salieron del bosque y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

Á esto respondió: “¿Tiene vuestra merced los ojos en el



SANCHO DANDO LAS NUEVAS Á DON QUIJOTE.



“TUVO DEL CABESTRO AL JUMENTO.”

cogote, que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el sol á mediodía?”

“Yo no veo, Sancho,” dijo don Quijote, “sino á tres labradoras sobre tres borricos.”

“¿Qué es eso?” respondió Sancho; “¿es posible que tres hacaneas, ó como se llamen, blancas como la nieve, le aparezcan á vuestra merced borricos?”

“Pues yo te digo, Sancho amigo,” dijo su señor, “que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza.”

“Calle, señor,” dijo Sancho;

“no diga tal cosa, sino venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca:” y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de la una de las tres labradoras, é hincando ambas rodillas en el suelo dijo:—

“Reina, princesa y duquesa de la hermosura; vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talento al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo

soy su escudero, y él es el caballero de la Triste Figura.”

Á esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, estaba suspenso y admirado. Las labradoras estaban lo mismo, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, dijo:—“Apártense del camino, y déjennos pasar, que vamos de prisa.”

Otra de ellas dijo: “Se burlan de las aldeanas, como si aquí no supiéramos echar pullas como ellos: vayan su camino, y déjennos hacer el nuestro, que saldrán mejor.”

“Levántate, Sancho,” dijo don Quijote, “que ya veo que el maligno encantador me persigue y ha mudado y transformado la sin igual hermosura de esta dama en el de una labradora pobre; si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún monstruo para hacerle aborrecible á los ojos de ella.” Y dirigiéndose á la



DON QUIJOTE DE HINOJOS.

moza añadió: “No dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta su-

misión, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora."

"Amiguita, respondió la aldeana, soy yo de oír resquebrajos," "Apártense y déjenos ir, y agradecérselo hemos."

Apartóse Sancho y dejola ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananca con un aguijón, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote acudió á levantarla,

y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo más ligero que un halcón sobre la albarda, y quedó á horcajadas, como si fuera hombre; lo cual visto por las demás picaron tras ella sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua.



"PICARON TRAS ELLA."

CAPÍTULO X.

Poco después del incidente ya relatado, que tanto desconcertó al caballero, don Quijote y Sancho fueron alcanzados en el camino por un caballero que venía montado sobre una muy hermosa yegua tordilla y vestido con un gabán de paño fino verde. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: "Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos."

"En verdad," respondió el caballero vestido de verde, "que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo."

"Bien puede, señor," respondió á esta sazón Sancho, "bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo."

Detuvo la rienda el caminante admirándose de la aposura y rostro de don Quijote,

el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo Verde. Durante el camino platicaron agradablemente don Quijote y el hidalgo. En esto alzó don Quijote la cabeza y vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante é hizo parar el carro, preguntando al mismo tiempo: "¿Á dónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son esas?"

Á lo que respondió el carretero: "El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la cor-



"EL CAMINANTE LOS SALUDÓ CORTÉSMENTE."

te, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya."

"¿Y son grandes los leones?" preguntó don Quijote.

"Tan grandes," respondió el hombre que iba á la puerta del carro, "que no han pasado mayores ni tan grandes de África á España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho; el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás; y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así vuestra merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer."

Á lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco: "¿Leoncitos á mí? ¿Á mí leoncitos, y á tales horas? Pues yo no soy hombre que se espante de leones. Apeaos, buen hombre, y ya que sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré á conocer quién es don Quijote de la Mancha."

Á esto Sancho comenzó á exclamarse, y el carretero rogó á don Quijote que desistiera de su loca empresa. "Se-

ñor mío," le decía, "vuestra merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones; porque si me las matan quedaré rematado por toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas."

"¡Oh hombre de poca fe!" respondió don Quijote; "apéate y desunce, y haz lo que quisieres."

El hidalgo del Verde Gabán, cuyo nombre era don Diego, le dijo que mirase bien lo que hacía, que se engañaba; y que no tenía derecho para detener un regalo que iba dedicado al Rey; pero todo fué en vano.

"Váyase vuestra merced, señor hidalgo," respondió don Quijote, "á entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio." Además le aconsejó que picase la yegua y se pusiera á salvo.

Don Diego y el carretero marcharon á todo escape, acompañados del pobre Sancho, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leones se desembanastasen. Lloraba



EL CABALLERO ANTE LA JAULA DEL LEÓN.

Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones. Pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejara del carro.

Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á don Quijote lo que ya le había requerido é intimado, el cual respondió que le oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese prisa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo; y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose al Cielo de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea.

Habiendo visto el leonero

ya puesto en postura á don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea çatadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía echado, tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y otra parte,



EL BRAVO CABALLERO DEJÓ ASOMBRADOS Á SUS AMIGOS.

como se ha dicho, volvió las espaldas á don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula.

Al ver esto don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

“Eso no haré yo,” respondió el leonero; “porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuestra merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza de corazón de vuestra merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.”

“Así es verdad,” respondió don Quijote: “cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, con la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has

visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huídos y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña.”

Hízolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza su pañuelo, comenzó á llamar á los que huían.

Don Diego, Sancho y el carretero con sus mulas, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote; y su asombro fué grande al oír lo que había acontecido. El leonero mesadamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que pedía que irritase al león para que por fuerza saliese; logrando al fin, contra la voluntad de don Quijote, que la puerta se cerrase.

El caballero dió á Sancho dos escudos para que entregara uno al carretero y otro

al leonero, en recompensa de lo que por él se habían detenido. Ellos le dieron las gracias por la mira recibida; y prometiéronle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la corte se viese.

“¿Qué te parece de esto, Sancho?” dijo don Quijote; “¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.”

Luego, dirigiéndose al leonero, le dijo: “Pues si acaso su

Majestad preguntase quién hizo esta gran hazaña, diréisle que el *Caballero de los leones*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del caballero de la *Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían, ó cuando les venía á cuenta.”

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo.



DON QUIJOTE Y SANCHO PROSIGUIENDO SU CAMINO.

CAPÍTULO XI.

Una tarde, mientras viajaban con algunos estudiantes, don Quijote y Sancho toparon con un mancebito, que delante de ellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un envoltorio, que debían de ser los calzones ó gregüescos y herrezuelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte; la edad llegaría á dieciocho ó diecinueve años, alegre de rostro y muy ágil. Iba cantando seguidillas para entretener el camino.

En alegre conversación pasaron el camino, hasta llegar á una venta en la cual se propusieron pasar la noche. Mientras se hallaban sentados en el patio de la venta, con gran gusto de Sancho al ver que su señor la juzgó por verdadera venta y no por castillo, empezaron á contar cuentos. En esto entró en la venta un hombre todo vestido de ca-



DON QUIJOTE Y EL MANCEBO.

muza, medias, gregüesco y jubón, y con voz levantada preguntó si había alojamiento.

“¡Cuerpo de tal,” dijo el ventero, “que aquí está el señor maese Pedro! Buena noche se nos apareja. Sea bien recibido maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?”

“Ya llegan cerca,” respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.” Y dicho esto se volvió por donde había venido.

Preguntó luego don Quijote al ventero quién era maese Pedro.

Á lo que respondió el ventero: “Este es un famoso titerero, que anda por este país enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad; porque si le preguntan algo está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándose al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas las veces acierta en todas, en las más no yerra. Dos reales lleva por cada pregunta,

si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él después de haberle hablado al oído. Se dice que maese Pedro está riquísimo, que es hombre galante, y que se da la mejor vida del mundo; habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua, de su mono y de su retablo.”

En esto volvió maese Pedro en una carreta, donde venía el retablo y el mono grande. Apenas le vió don Quijote, sacó dos reales, y preguntó si el mono podría decirle qué era lo primero que le había de suceder.

“Señor,” dijo maese Pedro, “este animal, no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.”

Á esto dijo Sancho: “No daré yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero ya que sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, qué hace ahora mi mujer Teresa Panza.”



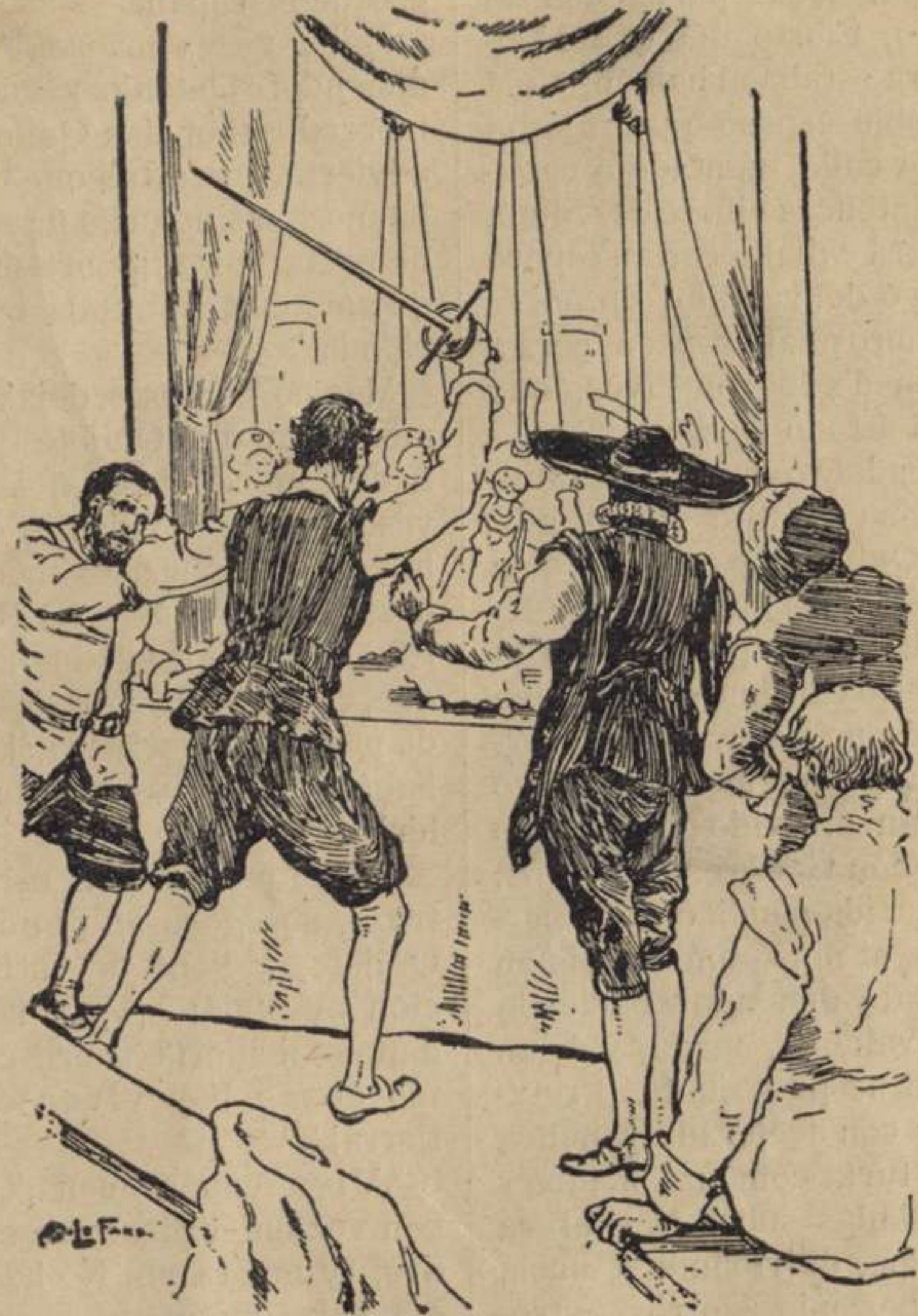
EL HOMBRE Y EL MONO ADIVINO.

No quiso tomar maese Pedro el dinero; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto fué maese Pedro á ponerse de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: "Estas piernas abrazo bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! Y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más seña tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe una regular cantidad de vino, con que se entretiene en su trabajo. Y ahora, para dar gusto á don Quijote, quiero armar mi retablo, y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna." Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar

donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho.

Don Quijote y los que allí se encontraban estaban confundidos con las extraordinarias adivinanzas del mono. En cuanto á don Quijote y Sancho, no se recordaban que en una de sus anteriores expediciones se habían encontrado con este que ahora hacía de titerero. Éste, antes de entrar en la venta donde entró con su retablo y mono, se informó de quién era el caballero y su escudero, y de todo cuanto á ellos se refería. Así pues, nada tiene de extraño que el mono pudiera revelar el pasado y el presente de ambos.

La compañía se trasladó donde ya estaba el retablo puesto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro de él, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para explicar los misterios de tal retablo. El drama representaba á un tal don Gaiferos, cuya esposa, Melisendra, había sido llevada cautiva á un castillo por los moros,



CÓMO DON QUIJOTE IMPIDIÓ EL DRAMA.

y después libertada por su esposo, el cual fué en busca de ella por todas partes con tal objeto. Cierta día que Melisendra estaba al balcón, vió á su noble esposo que pasaba por la calle montado á caballo. Entonces ella se descolgó, montó á caballo con su esposo y huyó del castillo. Entonces los moros salieron en persecución de los fugitivos, que huían á todo correr.

Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle bien ayudar á los que huían; y levantándose en pie, en voz alta dijo: "No consentiré yo que en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos; deteneos, mal nacida canalla, no le perseguís, si no, conmigo sois en batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo; y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se agazapa,

le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de mazapán.

Daba voces maese Pedro, diciendo: "Deténgase vuestra merced, señor don Quijote; y advierta que estos que derriba, no son sino unas figurillas de pasta; mire, ¡pobre de mí! que me destruye toda mi hacienda."

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Todos huyeron, incluso el mono; y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él afirmaba después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor tan colérico.

Hecho pues el general destrozo, sosegóse un poco don Quijote, y lleno de satisfacción exclamó: "¡Viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!"

"Viva enhorabuena," dijo con voz enfermiza maese Pedro, "y muera yo. No ha media hora que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas,

y ahora me veo desolado y pobre; y sobre todo sin mi mono. En fin, el caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías."

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y dijo: "No llores, maese Pedro; porque te hago saber que si don Quijote cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo pagará."

Á esto respondió maese Pedro: "Con que pagare el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho quedaría contento."

"Ahora acabo de creer," dijo don Quijote, "que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las truecan en las que ellos quieren. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen."

Así es que pagó el daño, y aún dió algo más á su dueño. Luego pagó con largueza al ventero, lo cual sorprendió á éste agradablemente. Al día siguiente por la mañana dejaron la venta y se pusieron en camino.



DESTRUCCIÓN DE LA MORISMA.



SANCHO PANZA PUESTO DE HINOJOS ANTE LA DUQUESA.

CAPÍTULO XII.

No hay que suponer ni por un momento que, á pesar de las aventuras ya relatadas, Sancho hubiese dado al olvido su idolatrada ínsula. Mas he aquí que cuando menos lo esperaba, vió satisfecha su ambición.

Cierto día don Quijote y él iban á caballo por la orilla del Ebro. Al salir de una selva tendió el caballero la vista por un verde prado, y en lo último de él vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de alto copete. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima,

adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella.

Don Quijote entonces llamó á Sancho y le dijo: "Corre, Sancho, y dí á aquella señora del palafren, que yo, el caballero de los Leones, beso las manos á su gran hermosura; y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare."

Partió Sancho de carrera,

La duquesa supo de boca de Sancho cómo engañó á su amo; y esta nueva aventura se arregló á fin de satisfacer el contristado ánimo de don Quijote á expensas de su digno escudero.

De modo que el duque y la duquesa partieron un día hacia los montes con gran espanto de monteros y cazadores, cual si se tratara de una caza de montería; y en cierta cañada apareció de repente una espléndida cabalgata al compás de infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra. La figura central era un carro triunfal encima del cual iba sentada sobre un levantado trono una ninfa ricamente ataviada, y vestida de mil velos de tela de plata. Junto á ella venía una figura horrible que representaba ser encantador ó mágico.

Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, al contemplar aquel espectáculo. Luego el encantador, quitando el velo del rostro y descubriendo patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, proclamó que la gentil dama que estaba á su lado era la sin par Dulcinea del Toboso. Mas á pesar

de haberse condolido profundamente de las desgracias que ella sufría, dijo que sólo había un remedio para libertarla. Las condiciones exigidas por el encantador eran que Sancho debía recibir tres mil azotes y trescientos en ambas posaderas, al aire descubiertas, de modo que le escociesen y le enfadaran.

Á esto dijo Sancho: "Vaya un modo de desencantar. Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Si el señor encantador no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura."

"Tomaros he yo," dijo don Quijote, "don villano, harto de ajos; y amarraros he á un árbol; y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones."

Á lo que el encantador replicó: "No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad y no por fuerza; y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permí-



SANCHO PIDIENDO TREGUA AL DUQUE.

tesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad de este vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada."

"Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar," replicó Sancho, "á mí no me ha de tocar alguna mano. El señor mi amo se puede y debe azotar por ella."

"Pues en verdad, amigo Sancho," dijo el duque, "que si no os ablandáis, no habéis de empuñar el gobierno de mi insula. Bueno sería que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doble-

ga á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador."

"Señor," respondió Sancho, "no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor."

"No, en ninguna manera," dijo el encantador; "aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio."

"Ea, buen Sancho," dijo la duquesa; "dad el sí, hijo, de

esta azotaina, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis."

Á esto replicó Sancho: "Puesto que todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, á condición de que me los tengo de dar cuando yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo; y yo procure salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren

de mosqueo, se me han de tomar en cuenta."

La duquesa le dijo que esperaba que los azotes se los daría con alguna disciplina de abrojos ó de las de canelones, de modo que se dejaran sentir. Los duques y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los duques, é hizo una gran reverencia al escudero de don Quijote.

Aquella noche Sancho, estando solo, muy suavemente se dió cinco azotes, que á él le parecieron bastantes como principio.



DESPUÉS DE LOS CINCO AZOTES.



SANCHO INVITADO Á UNA COMIDA MUY EXTRAÑA.

CAPÍTULO XIII.

Una tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento á la que había de ser su ínsula. Le acompañaba un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso.

Al poco rato llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula de Barataria. Al llegar á las puertas de la villa, salió el pueblo á recibirle, le entregaron las llaves, tocaron las campanas y hubo fiestas para dar la bienvenida al nuevo gobernador.

Por fin llevaron á Sancho á un suntuoso palacio, donde había una real y limpiezísima mesa; al momento salieron cuatro pajes á darle aguamanos. Sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había otro sitio más en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha

diversidad de platos. Uno, que parecía estudiante, pidió la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacía de maestra-sala, colocó un plato de fruta delante, mas á penas hubo comido un bocado, el de la varilla tocó el plato y se le quitaron de delante en un momento; pero el maestra-sala le llevó otro manjar. Iba á probarle Sancho, mas antes de lograrlo, se lo llevó aceleradamente.

Visto esto por Sancho, quedó suspenso, y preguntó si se había de comer aquella comida con la destreza que se hacen los juegos de manos. Á lo cual respondió el de la vara: "Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para cuidar de la salud de los gobernadores de ella; por eso mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiado húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasíadamente caliente."

Sancho replicó: "Aquel plato de perdices que están allí

asadas, y á mi parecer bien sazoadas, no me harán algún daño."

Á lo que el médico respondió: "Esas no comerá mientras yo viva. Sería lo peor que podría hacer."

"Si eso es así," dijo Sancho, "dígame los manjares que puedo comer."

El médico respondió: "No conviene que vuestra merced coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué."

Y Sancho dijo: "En aquella olla podrida no dejaré de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho."

"¡Lejos de nosotros tan mal pensamiento!" dijo á esto el médico. "Lo que debe comer el señor gobernador ahora para conservar su salud, es un ciento de barquillos y unas tajaditas sutiles de carne de membrillo, que le ayuden á la digestión."

Oyendo esto Sancho se arriñó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico; y con voz grave le preguntó cómo se llamaba.

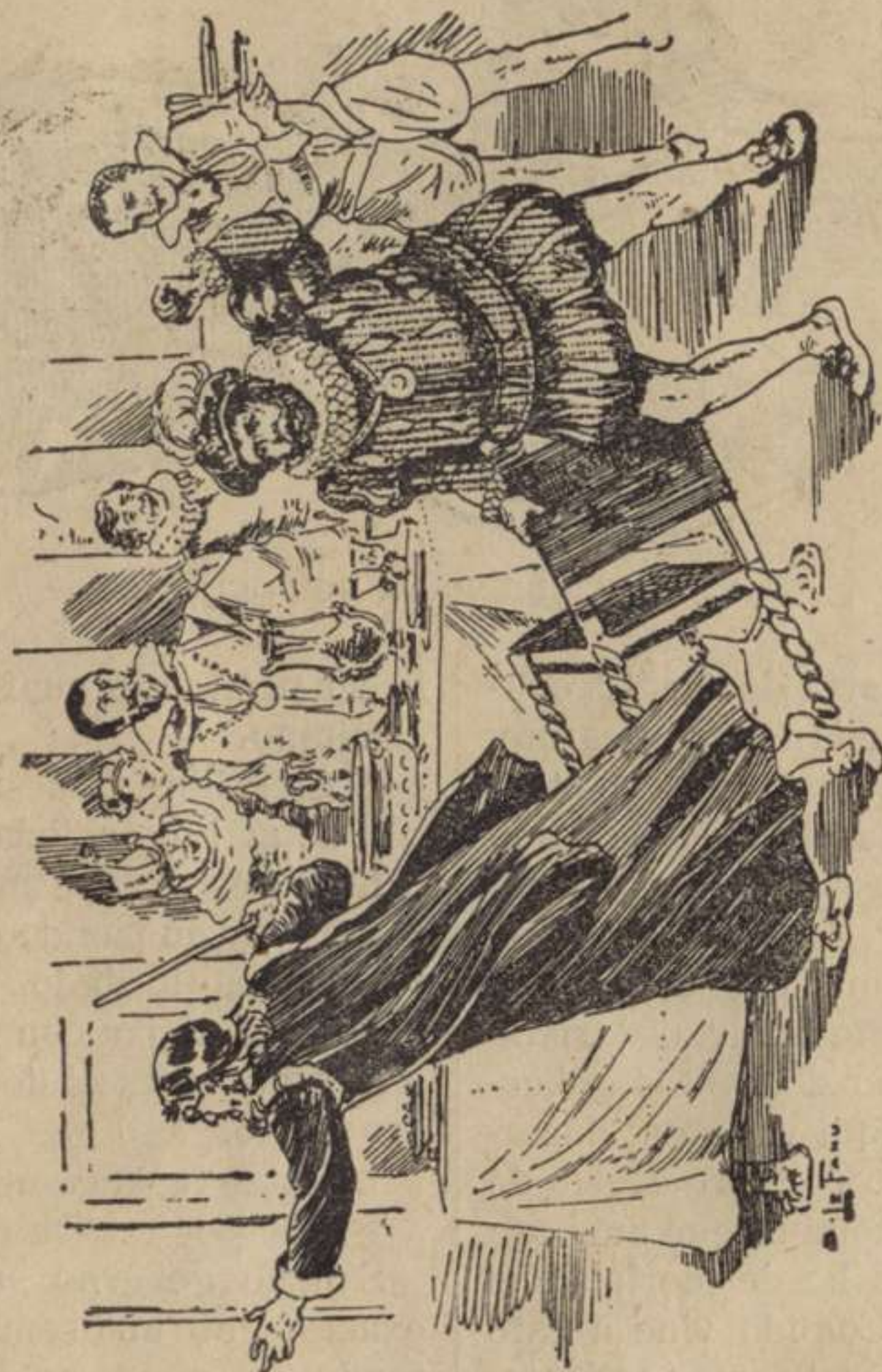
Á lo que él respondió: "Yo,

me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero."

Á esto replicó Sancho enfadado: "Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, quíteseme de delante; si no, tomaré esta silla y se la estrellaré en la cabeza. Denme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas." El doctor, viendo tan colérico al gobernador, se alejó de allí.

Después añadió Sancho: "De mí no se burla nadie; yo gobernaré esta ínsula sin perder derecho ni llevar cohecho; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmunidia y de gente vagabunda, holgazana y mal entretenida; y pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religión."

Sancho era reconocido. Así es que cuando llevaba tres ó cuatro días de gobernador, escribió á don Quijote para hacerle saber cómo iban los negocios.



SANCHO AMENAZANDO AL DOCTOR.



SANCHO ESCRIBIENDO Á DON QUIJOTE.

En su carta decía: "La ocupación de mis negocios es muy grande. En este gobierno tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados. Hay aquí un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar á cuantos gobernadores aquí viniesen; llámase el doctor Pedro Recio de Agüero, nombre que me hace temer que he de morir á sus manos. Cuando vine á este gobierno creí comer caliente, beber frío, y recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma; pero resulta que he venido á

hacer penitencia cual si fuera ermitaño.

El Cielo libre á vuestra merced de mal intencionados encantadores y á mí me saque con bien y en paz de este gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuestra merced,
Sancho Panza el Gobernador.»

Sancho gobernó su ínsula exactamente una semana. Estando en cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, el sueño le comenzaba á ce-

rrar los párpados, cuando oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía; y levantándose en pie se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: ¡"Arma, arma, señor gobernador! ¡arma! que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos per-

didados, si vuestra industria y valor no nos socorre."

"¡Ah señor gobernador!" dijeron varios; "ármese vuestra merced, y salga á esa plaza y sea nuestro guía y nuestro capitán; pues de derecho le toca, siendo nuestro gobernador."

"Ármenme norabuena," replicó Sancho; y al momento le trajeron dos paveses, que le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido: un pavés delante y otro detrás; luego le liaron muy bien con unos cordeles de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un hu-



SANCHO PANZA EN SU CAMA.

so, sin poder doblar las rodillas ni dar un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Una vez armado, le dijeron que caminase, los guiase y animase á todos; que siendo él su norte, su linterna y su lucero, vencerían.

“¿Cómo tengo de caminar, desventurado de mí” respondió Sancho, “que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas?”

Sin embargo, como le instaban, probó el pobre gobernador á moverse, y fué á dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas.

Los hombres armados apagaron entonces las antorchas y volvieron á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima de Sancho y dando infinitas cuchilladas, que el pobre gobernador quedó aterrizado. De pronto oyó voces que decían: “¡Victoria! ¡victoria!” y levantando al gobernador, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada.

Al amanecer Sancho volvió en sí. Sin decir palabra comenzó á vestirse y luego se fué á la caballeriza, seguido de todos; y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo: “¡Venid vos acá, compañero mío y amigo mío! Cuando yo sólo me cuidaba de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro cuerpezuelo, dichosos eran mis días.”

Después enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese, con gran pena y pesar subió sobre él, y dirigiéndose á todos, dijo:

“Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente. Sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo. Apártense, déjemne ir.”

Por fin le dejaron ir, y volvióse á donde estaba su amo.



“¿CÓMO TENGO DE CAMINAR, DESVENTURADO YO?”
RESPONDIÓ SANCHO.



CAPÍTULO XIV.

Las aventuras de don Quijote y su escudero tocaban ya á su término; pues no mucho después de esto don Quijote fué vencido en singular combate con un caballero desconocido, que luego resultó ser el bachiller Sansón Carrasco disfrazado. Este plan fué ideado con la esperanza de lograr que don Quijote volviera otra vez á su casa. Las condiciones de la lucha eran que si el caballero salía vencido, debía abstenerse de usar armas durante un año; y todos ellos sabían que él cumpliría su palabra.

Yendo hacia casa Sancho, se conformó en darse los tres mil trescientos azotes (menos cinco) que debían ser el precio del desencanto de la señora Dulcinea. La sola condición era que debía dárselos él mismo de noche.

Así es que Sancho se hizo un poderoso y flexible azote del cabestro y de la jáquima del rucio; y cuando fué oscuro, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas, y allí se azotó en las espaldas mientras don Quijote contaba los azotes.



MUERTE DE DON QUIJOTE.

Sancho Panza

Noche tras noche cumplió Sancho este compromiso, aunque el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles.

Y después que llegaron á su villa, todos sus antiguos amigos salieron á recibirlos con los brazos abiertos.

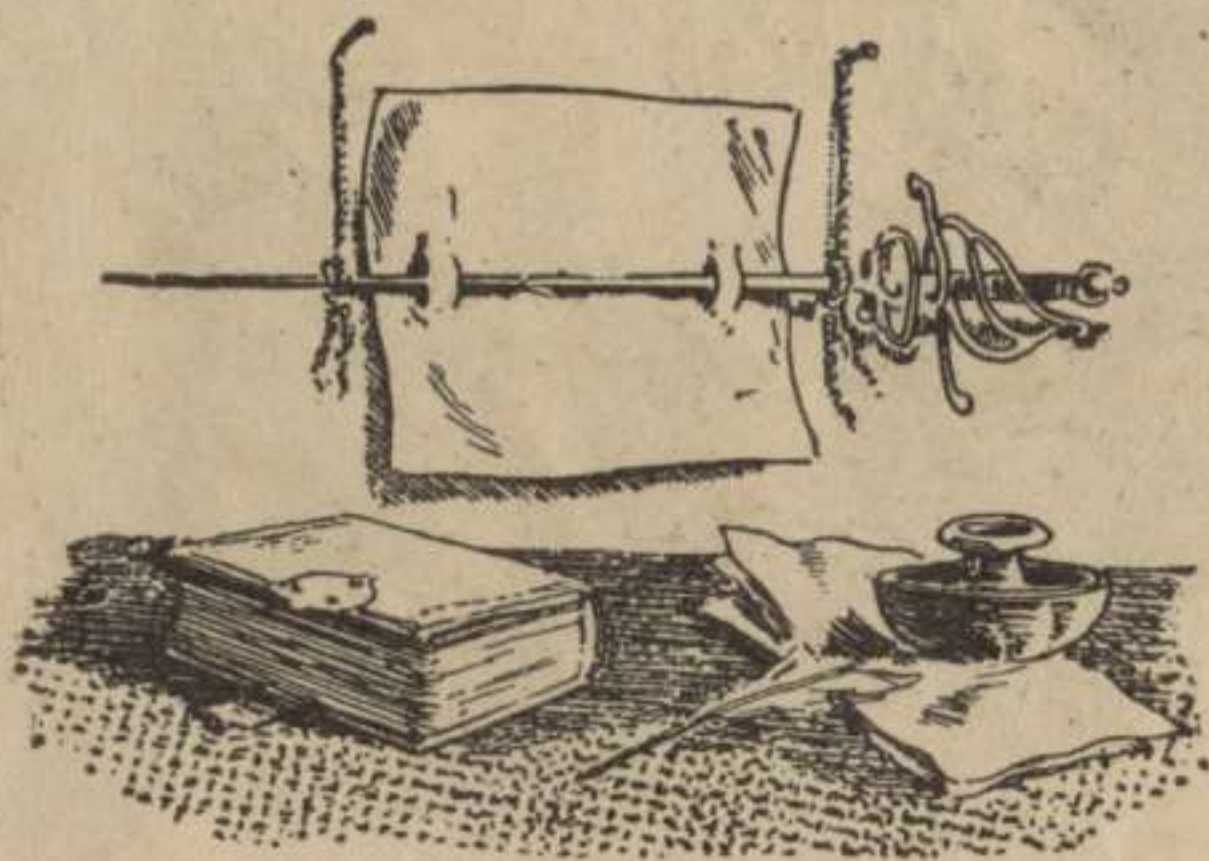
Mas ¡ay! todas las cosas humanas son perecederas; y ya fuese de la melancolía que le causaba al verse vencido, ó por otra causa, la cuestión es que se le arraigó una calentura.

Llamaron sus amigos al médico, el cual pronosticó un desenlace fatal. Don Quijote oyó estas palabras con ánimo

sosegado; pero no así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente. Después entraron en la estancia el cura, el bachiller Carrasco y el barbero, los cuales se entristecieron en gran manera.

Antes de morir, le desapareció la locura de los caballeros andantes y se volvió cuerdo.

Así murió don Quijote de la Mancha; el cual si de vez en cuando estaba loco, fué constantemente buen cristiano, hombre de honor é integridad; que jamás pronunció una palabra grosera, ni hizo mal á nadie. ¡Descanse en paz!



FIN



Coronación de la Corona de San Juan de los Rios

Este libro se pierde como piedra suelta en de un
obra estudiante que lo sea de anesteser. Si es rico
ni es pobre ni es hijo de un marques si quisiera
saber su palabra es lo perdere.

Brecho Rosaval

LIBROS PARA ESCUELAS

EXISTENTES EN EL DEPÓSITO DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE TRATADOS RELIGIOSOS Y LIBROS

Catecismo. En 8.º, rústica.

Aritmética. En 8.º, pasta.

Parábolas y Milagros de Jesucristo. Con numerosas ilustraciones originales. En 4.º, rústica.

Fábulas de Esopo. Con 215 grabados. En 4.º, rústica.

El Peregrino, ó Sueño de Juan Bunyan. Con 58 nuevos grabados. En 4.º, rústica.

Modulador. Música, método Tonie-Solfa. Cartel pequeño en papel.

El Peregrino. Por Juan Bunyan. Con magníficos grabados, obra de renombrados artistas. En 4.º, mayor, pasta.

Idem, en rústica.

La Cartilla Ilustrada. En 8.º, pasta.

Evangelio de San Marcos. Con Aritmética y el abecedario. En 4.º, pasta.

La Aurora de la Infancia. En 8.º, mayor pasta. 150 páginas y 57 grabados.

